

DE LOS PRINCIPIOS

TRADICIONAL Y RACIONAL

y de sus respectivas ventajas y desventajas.

DISCURSO leído por D. Antonio Alcalá Galiano,
académico de número, en la Sesión pública de 12
de Enero de 1862.

Entre los varios principios, que, ya unos con otros batallan, ya proceden hasta cierto grado acordes, caminando, si es lícito usar tal expresión, paralelos y con lazos que los unen al proponerse llegar á un fin común, hay dos que hoy particularmente dividen á la parte ilustrada del linage humano, cuando pretende asentar la verdadera teórica y dirigir la práctica en materia de legislación, así como en otros puntos que con este tienen relación más ó menos estrecha. Considerando los Estados, ó, hablando con más propiedad, las sociedades llamadas naciones ó pueblos, como cuerpos ya formados, y con vida, historia y costumbres propias, hay quienes, al tratar de hacer mudanzas en las leyes, ó de regular y llevar adelante los negocios, pretenden tomar por pauta la tradición, si bien ajustando á ella las mejoras que de sí dan y piden los tiempos; y

hay otros que, siguiendo distinto camino, buscan en la razón, ó en la teórica pura, los principios que deben servir de basa á la fábrica de las leyes, ó de norte que les señale el rumbo que han de seguir en su conducta en todo cuanto está enlazado con la política interior en sus ramos varios y diversos. Examinar las ventajas y desventajas de uno y otro principio, y buscar cuáles son entre ellos los mejores términos de avenencia, es asunto digno de ocupar la atención de esta Real Academia; razón por la cual le escojo por tema del presente discurso el miembro de este ilustre Cuerpo, á quien con más bondad que justicia al darle tal encargo, ha tocado en suerte llevar la voz en esta solemnidad; peso que le abrumba, y más aún, particularmente, cuando considera que, entre sus ilustradísimos compañeros y las respetables personas que componen el presente auditorio, ha de encontrar jueces, si benévolos, capaces de conocer la imperfección de este trabajo y la insuficiencia del artífice; y jueces que, si hubiesen contraído igual empeño, habrían salido de él, sin duda, airosos y hasta triunfantes.

Cuando me arrojo, señores, á exponer, examinar y comparar diversas y contrarias doctrinas en un punto de suma importancia y transcendencia, y á ceñir trabajo de tal magnitud á los, por necesidad, estrechísimos límites de un discurso académico, pasando superficialmente y de prisa por cuestiones que piden ser tratadas con profundidad y detenimiento, me es forzoso, ante todo, asentar que ninguno de los dos opuestos principios se encuentra seguido fiel y exclusivamente en la práctica. Si apenas es posible hallar en la naturaleza física ó material un elemento completamente libre de toda liga, más difícil es, si cabe, en lo intelectual ó moral, y bien se podría decir llega á ser imposible en lo práctico, acertar con una serie de hechos, ó dictar un conjunto de máximas donde no vayan un tanto mezclados recuerdos con razones, consecuencias del instinto heredado ó propio con ideas formadas por el entendimiento con abstracción cabal, si pudiese haberla, de lo pasado

(raído á la mente por la memoria; en suma, el método «*á priori*» y el («*á posteriori*»,» sin que en este ó aquel más ó menos asome que los afectos humanos están juntos con los juicios, y que los hábitos resisten á todo esfuerzo hecho para descartarlos. Y precisamente en esto consiste que la concordia entre la tradición y el racionalismo, difícil de lograr en la perfección debida ó deseada, exista, aunque imperfectamente, en todo cuerpo de doctrinas y en toda cadena de acontecimientos. Así, pues, el principio de tradición tiene que ir siempre auxiliado por el raciocinio, y tanto más, cuanto que, siguiendo su curso los negocios humanos, y siendo forzoso ir constantemente aplicando el recuerdo é imitación con algo de repetición de lo pasado, así á lo presente como á todo lo encaminado á proveer á lo venidero, se tropieza con la imposibilidad de obrar ó aún de discurrir de un modo idéntico en casos muy diversos en muchos de los cuales la diversidad llega á ser notabilísima é importantísima diferencia. En ocasiones tales, ó queda la tradición desatendida, ó, poruña ficción ó interpretación ingeniosa, viene á figurarse conservación ó renuevo lo que es innovación verdadera, y el principio racional sirve, no solo para discurrir lo nuevo, sino para hallar y dar razones por donde aparezca ser continuación un tanto alterada, (3 fiel restauración de lo antiguo.

Tiene el principio tradicional ventajas tales que bien merece éste adelgazar y sutilizar del ingenio para acomodar á él las innovaciones más atrevidas y completas. Pero, al ponderar sus ventajas, sería atroz injusticia no hablar de sus inconvenientes, los cuales son asimismo grandes en cantidad y calidad; ¡tristecondición esta, y fatal consecuencia de la flaqueza humana, que en los actos privados y juntamente en los públicos se descubre, dando de ello continuas pruebas los individuos de por sí; y el conjunto de éstos, ó digamos, las entidades llamadas Estados, pueblos ó naciones!

Desde luego, al hablar del principio de tradición, se pre-

senta á la mente una idea exactísima, y es que la tradición no puede haber sido coetánea con la sociedad, de modo que lo hoy bautizado con este nombre hubo de ser invención hecha siguiéndola voz déla razón, y por un método sintético, en los tiempos primitivos. Pero, cuando tratamos déla tradición, y le hallamos el mérito de que las nociones á ella conformes se presentan como santificadas por pensamientos y afectos tiernos y nobles de amor y reverencia á cosas y personas pasadas, y están en nuestro interior arraigadas y dominantes por hábitos en el obrar y pensar, harto más poderosos en el ánimo del hombre que las deducciones más ciertas de principios, ó incontestables, ó poco y mal contestados, si vamos á considerar que hubo una época en la cual no podia existir la tradición, también veremos que es época oculta en la como niebla que envuelve los comienzos de las sociedades. No son convincentes los argumentos sacados de una comparación, porque no puede haber verdadera identidad en dos objetos uno con otro comparados, pero son argumentos que están en uso continuo, lo cual algo y bastante prueba en su favor, siendo fuerza conocer que lo llamado ilustraciones ó ejemplos que tienen carácter de alegorías, si es parte de la retórica y no de la lógica, es de aquello en que la primera dá á la segunda eficazísimo auxilio. Es muy general comparar al cuerpo político con el cuerpo físico, en sus dolencias, en su estado de robustez, en la debilidad de sus dias primeros, en su crecimiento, en su edad madura, en su decadencia, y hasta en lo que, tratándose de un Estado ó sociedad, bien puede ser llamado su muerte. Siguiendo esta comparación, es claro que tienen los pueblos sus períodos de infancia y de niñez, como los tiene el hombre, y que las sensaciones y las ideas, primero enteramente confusas, y luego un tanto aclaradas, entran en los unos y en el otro sin saber cómo han penetrado, y tomado en sus ánimos posesión de no poco lugar, de forma que, sin acertar á conocer de qué manera y por qué, aún antes de llegar á la edad

del raciocinio, las sociedades y los individuos se encuentran con una suma de doctrinas consideradas como verdades no disputables, y reguladoras de su conducta, si ya no, por causa de las pasiones humanas, en todo cuanto hacen, ciertamente en todo cuanto hacer se proponen y deben. Y si bien consideramos qué cosa es lo que tiene mayor poder en todos los entes, ya sean reales y verdaderos con cuerpo y alma, ó, digamos, perceptibles, ya abstracciones cuya realidad, aún no percibiéndola los sentidos, no deja de ser cierta, pues que es sienten sus efectos, veremos que es lo siempre creído y no lo llegado á creer en fuerza de razones, lo nacido del instinto, ó de la costumbre que con el instinto se confunde ó se equivoca. Así, cuando la tradición empieza, sus máximas salen de algo como misterioso ó desconocido, en vez de parecer mero producto de la ciencia especulativa. En esto han acertado los pueblos ignorantes de la religión verdadera, pues que el pueblo de Dios no discurrió los rudimentos y fundamentos de su ley, sino que los recibió de su legislador divino, cuya constante intervención en sus actos, ejercida á veces por ángeles, profetas ó sacerdotes, daba á su legislación y gobierno la índole de una verdadera teocracia. Los paganos, ó imitando á los hebreos en lo poco que de ellos hubieron de saber, por tradiciones oscurecidas, ó movidos por instintos que los llevaban á descubrir cuan necesario es á los principios fundamentales de la moral y la sociedad tener en su origen y primitiva esencia algo superior á lo humano, también procuraron que apareciese interviniendo, ó creían que habia intervenido, en la obra primera de sus respectivas legislaciones algún ente misterioso y sagrado. Famosa es la ninfa Egeria en la historia de los comienzos de Roma, y, si acaso el mismo Numa, de quien cuentan que la consultaba, no pasa de ser un *mylho*, ó creación poética, según varios hoy pretenden, aún esto dá testimonio de que, al llegar la época de la razón, ó del discurso, para labrar con arreglo á máximas hijas del juicio un edificio social, se encuentra el

hombre con basas ya sentadas por un ser y en un período, fabulosos ambos en todo ó en parte.

Así el principio tradicional ha venido ya á existir, cuando empieza la tradición verdadera. Y si á esto se opusiere por objeción que una averiguación de los hechos desvanece las patrañas de la fábula á los ojos de observadores diligentes y sagaces, cuyas observaciones, después por ellos comunicadas, pasan á ser patrimonio común de los pueblos, á objeción tal puede servir de respuesta que, cabalmente, los fieles al principio tradicional suelen tener en poco las doctrinas destructoras de los fundamentos de su creencia, mirándolas como sueños ó peligrosas innovaciones, y así no pierde la fuerza su fé aún cuando con las más fuertes razones y aún con la verdad misma se la combata. Tiene la naturaleza, hasta en la parte física, tantos misterios, y hay en el mejor raciocinio puntos tan flacos, y es la averiguación de lo cierto por lo mucho que es contestado, á tal punto dificultosa, que bien es de perdonar, si ya no de aplaudir, la resistencia de los hombres á creer lo que se les va á demostrar ó se les demuestra, y á admitir lo nuevo, que con calidad y á veces con realidades de mejor, se les ofrece para persuadirlos y moverlos á desprenderse de sus hábitos de creer y de obrar llegados á ser una parte de su vida y de su esencia. De ello nacen, ó se mantienen á la par, el apego á las preocupaciones, y la firme adhesión á sanas doctrinas; la repugnancia y oposición juntamente á grandes mejoras y á peligrosas ó fatales novedades; en suma, el principio de conservación con todas sus ventajas y sus no menores inconvenientes; conservación no siempre contraria á toda mudanza, pero sí resuelta á hallar en todas cuantas aprueba y de buena gana admite que se lleven á efecto, una cosa á manera de título genealógico, por donde vengan acreditadas de ser de buena ascendencia, y no meras advenedizas.

Por aquí viene á enlazarse con bastante estrecho vínculo el principio de tradición con el gobierno aristocrático, ó digamos,

con la sociedad aristocrática. Esta descansa en el amor y respeto á lo pasado, haciendo glorias y ventajas propias los hechos ágenos, pues ágenos eran como individuos los mismos abuelos, aunque unidos á sus descendientes por la transmisión de lo que se llama la sangre, y por la comunidad del nombre que les han dejado en herencia. De esto que la razón por sí sola llega á descubrir dá asimismo claro testimonio la historia. Entre otras naciones, Roma en la antigüedad, Venecia en la edad media, y Inglaterra en tiempos modernos, y todavía hoy mismo, si bien con mudanzas considerables, presentan continuos y numerosos ejemplos, siendo muy comunes en sus legislaciones las ficciones legales, casi todas ellas encaminadas á disfrazar el principio racional, al cual por su parte repugna usar de tales apariencias ó fingimientos.

Al contrario, en las democracias, y, particularmente en las democracias modernas, cuya filiación no es muy larga, ni está muy á la vista, pero que tampoco dejan de contar antecesoras en algo remota antigüedad, y cuyo ascendiente inmediato es la revolución de Francia en 1789, descendiente ella misma de grandes innovaciones en los pensamientos y los hechos efectuados en el discurso de siglo y medio, el principio tradicional aparece nada ó poco respetado, llegándose hasta á escarnecerle, y hacer gala de despreciarle. Y no porque del todo no se consiguiese desprender el ánimo y las acciones de aquello que se condenaba, debe ó puede negarse, que el olvido y hasta desprecio de la tradición era la doctrina de los novadores que predominaban entonces, y cuya dominación hoy, aunque no sin resistencia de sus adversarios, continúa, habiéndose extendido de el pueblo francés á todos, ó casi todos los demás que de la legislación en su varios ramos han hecho una ciencia.

Son innegables las altísimas calidades de un principio que tiene á la razón por maestra, y en ella se apoya, y de ella arranca; que lleva á la lógica por compañera y guía; que se dirige de unos á otros entendimientos; y cuyos argumentos y

doctrinas, á veces ni pueden ser bien refutados, y en no pocas ocasiones cuando luchan con sus contrarios, llevan lo mejor de la contienda. Parece, pues, que el principio de tradición no es capaz de sustentar su causa contra tan poderoso adversario, pero tales misterios encierran las cosas todas de este mundo, que de hecho sigue la guerra entre dos fuerzas al parecer tan desiguales, quedando hasta ahora indecisa la victoria, á punto que, en el pobre ánimo del académico, cuya poco autorizada voz está sonando en los oídos del presente auditorio, no hay resolución bastante para adjudicar la palma á uno ú otro de los contendientes; pudiendo decirse que por nadie queda hasta ahora el campo, y que si hubiese de darse una corona al vencedor, dictaría la justicia que fuesen coronados ambos competidores, ó según la expresión de un poeta inglés, que entre ellos se partiese el símbolo del triunfo.

Los efectos que producen los principios reducidos á práctica son la piedra de toque donde se ensaya y prueba el valor de las teorías: De que no correspondan las resultas á las promesas ó á las esperanzas, cuando se llevan á efecto planes, -en la apariencia intachables, ó á los cuales ha dado una disputa bien sostenida completa victoria, nace la erradísima, pero muy aprobada, y repetida máxima, de que hay cosas en la teórica ciertas y saludables, y en la práctica falsas y perniciosas. Y se califica aquí de erradísima máxima tal, porque, bien mirado, es hasta absurda, pues lo teórico y lo práctico no pueden estar en contradicción ni aún en discordancia, siendo una teoría, cuando no es falsa, la explicación de la razón de una serie de hechos, y la práctica los hechos mismos ó el acto de aplicar y poner en ejecución una teoría. Pero nace el error * á que acaba aquí de hacerse referencia de que pasan por ciertas muchas teorías erróneas ó incompletas, y de que es común ir sacando consecuencias de un principio solo y seguir obrando ó enseñando con arreglo á ellas, sin considerar que hay varios principios exactos y sanos aplicables á las acciones del

hombre, y que á la par deben influir en él, y dirigirle en sus actos y pensamientos, modificando unos lo que otros tienen de absoluto. Verdad son las matemáticas é innegable la exactitud de uno de sus primeros asertos que declara ser la línea recta el camino más corto de un punto á otro, y sin embargo, quien fuese á trazar una carretera erraría si intentase hacerla en línea recta, porque otras teorías no menos exactas debían dictarle que hay obstáculos naturales imposibles, ó muy difíciles de vencer para dar paso por lugares demasiado ásperos y quebrados, y hay una asimismo que aconseja llevar á cabo las obras al menor costo posible, cuando la economía no resulta en perjuicio de la perfección del trabajo. Ahora pues, la práctica, prestando á ella la atención debida para descubrir la razón que la ha dirigido y abona, y no copiando á ciegas, ni por espíritu de rutina, lo pasado, es una de las cosas que mejor sirven para descubrir lo que en la teórica es falso ó incompleto.

Aplicando lo aquí antedicho al principio tradicional, se conocerá que se engaña quien pretende ajustar fielmente una serie de máximas ó de hechos á su doctrina. Ni hay quien tal haga, ni puede hacerse, y sería locura intentarlo ó pensarlo. La razón con frecuencia guía á los hombres que intentan desentenderse de sus preceptos, y así, cuando pretenden imitar varían, cuando tiran á copiar inventan, y cuando tratan solo de renovar innovan. Se truecan las criaturas todas con los tiempos, lo mismo que cada una de ellas en particular, y en lo físico con los años; y sienten los viejos de otro modo que sentían cuando eran mozos; y de otra manera piensan y proceden en los diferentes períodos de su vida, y no es toda rutina en sus pensamientos, palabras y obras, y en esto los cuerpos morales tienen con los reales y verdaderos grandísima semejanza.

Parece á primera vista que en el principio racional no cabe el yerro que en el tradicional acaba de notarse. Y de hecho,

en la escuela racionalista hay menos oposición que en la otra su rival entre lo que es y lo que desea, y con frecuencia cree, haber logrado. Pero una atención prolija y escrupulosa descubrirá que, guiados y hasta dominados los racionalistas, sin conocerlo ó sentirlo, por el poder que en toda criatura ejercen los hábitos arraigados, no solo en el obrar sino en el pensar, procediendo en razón inversa, pero de igual modo que sus contrarios, cuando aspiran á inventar, á veces copian ó repiten, y cuando porfían por desprenderse de toda noción añeja y opuesta á las novedades que en su juicio adoptan, conservan, á su despecho de ellas bástanle y aún hartos, no de otra manera, que al intentar lanzar de sí hecha giras la funesta túnica de Nesso, se arrancaba el pellejo el famoso semi Dios de la fábula, y aún así no conseguía que no quedasen cosidos al desollado cuerpo retazos del ropaje para el tan fatal y odioso. Así, algo del pensamiento cristiano asoma entre los dictorios y sarcasmos con que los incrédulos del siglo xvni tratan al cristianismo, cuando le califican hasta de infame, con el cual es necesario acabar: así las ideas de honor personal y hasta de caballería se descubren en los violentos demócratas de la edad presente, ó de la que inmediatamente la ha antecedido. Así, el más apasionado amante de la igualdad reconoce y casi confiesa que hay superioridades que en sus doctrinas niega y condena; y en su, á veces forzada, reverencia á los que fueron deja traslucir una opinión de que hay algo que de unas á otras personas se trasmite. La misma entidad abstracta llamada patria ó nación tiene una historia, donde van las glorias heredadas mezcladas con las nuevamente adquiridas, y donde la suma de merecimientos contraídos por el conjunto de los hombres pasados viene á ser aplicada en beneficio de los presentes, con calidad de trasmisible á los venideros. Cree el Español pertenencia de la generación actual los laureles de Pavía y de Lepanto: cuenta el francés por honor de Jos que hoy viven los triunfos de sus compatriotas antiguos y moder-

nos en armas y letras: blasona el inglés de las hazañas que hicieron suyos los mares, en días de sus antecesores más ó menos remotos, y que, aún fuera de las aguas, en las jornadas de Cressy, Poitiers y Assincourt, y en los campos de Hochstedt, y en los de España, y en la ensangrentada tierra de Warterlóo, bajo el Príncipe negro, bajo Enrique V, bajo Marlborough, y bajo Wellington dieron y han dado á sus armas señaladas ventajas sobre las de sus valerosísimos, potentísimos y en general casi invencibles rivales. Hasta el italiano moderno agrega á los timbres literarios de su patria las glorias guerreras y políticas de la Roma antigua. Y tan natural parece todo esto que habrá quien extrañe verlo notado como contradicción del principio racional puro, olvidando que, éste, rigurosamente entendido y fielmente aplicado, dicta que cada acto de un hombre ó de un pueblo solo puede dar honra al actor, y no debe ser traspasado á otro ente alguno abstracto ó corpóreo, ni siquiera en una mínima parte.

Pasando de estas generalidades á cumplir el propósito de examinar los efectos de los diversos principios en el carácter y hechos de los pueblos donde con más ó menos mezcla predomina ya el uno, ya el otro, fuerza será, atendida la naturaleza del presente trabajo, por necesidad ligerísimo y por incompetencia de quien le hace en extremo superficial é imperfecto, que nos contentemos con echar de prisa una ojeada á tres naciones, conviniendo para ello escoger las modernas, y de ellas las que hoy viven más robustas, en estado de madurez, y en las cuales se siente y vé en lo que es el influjo de lo que ha sido. Serán estas tres naciones la francesa, en la que particularmente desde 1789, pero bien considerado, aún antes, el principio racional prevalecía; la inglesa, donde, al revés, aparece más poderoso el espíritu de tradición; y la anglo-americana, cuyo origen fué tradicional, y que ha tomado mucho de racional en su breve vida de potencia independiente, pudiendo decirse de este último pueblo que en la fábrica de

su sociedad y leyes lo deducido de la razón forma gran parte de la obra, y la tradición y el amor y respeto á lo pasado aparecen en la armazón del edificio y cuentan por suyos enteramente los cimientos.

Ponderosísimo Imperio es hoy el francés; grande por demás en armas, en letras y en riqueza; presentando el aspecto de una máquina sabiamente trazada y concluida y de completa regularidad, en la cual la mano de un gobierno fuerte é ilustrado, todo lo pone en movimiento. Una es allí la sociedad, hasta un punto muy notable: democrática, donde no existe privilegio alguno; donde para todos hay camino abierto desde el lugar más humilde hasta la más alta cumbre; donde el valor de cada persona, y no la abstracción aneja á la calidad del puesto que ocupa, es lo que le da poder, concepto y todo linaje de ventajas, así políticas como sociales. Aunque, por la fuerza de hábitos antiguos imposibles de extirpar, subsiste en Francia algo que distingue al Normando del Provenzal, al Gascón del Flamenco, y al Bretón del Borgoüon, la unidad Francesa aparece en todo, facilitando al gobierno el uso de su poder y dejándose sentir en la vida nacional como en la física el natural aliento. El mismo poder supremo tan robusto, ejercido sobre individuos unos á otros tan semejantes, y no ligados por otro lazo que el de la patria común, triunfa sin gran trabajo, de cualquiera resistencia. En las guerras contra los extraños es, si no irresistible, poco menos, contando con tropas, no meramente esforzadísimas, sino á la par entendidas, en las cuales, por su buen orden hay el individualismo que falta en la parte civil de la misma nación; y contando también con una regularidad admirable en las cosas que tienen relación con el servicio militar, tanto cuanto en las demás del Estado.

Lo llamado hoy centralización es á modo de efecto necesario del predominio del principio racional sobre el tradicional, y como siempre sucede, de efecto pasa á ser causa, ó sino tanto, compañía inseparable. Son los franceses valentísimos,

alegres, ingeniosos, petulantes, apasionados amantes de su patria, en cuyo amor hay todavía más vanidad que orgullo; sensibles, y por extremo sentidos, en punto al honor personal; más despreciadores de su vida que de sus empleos; prontos á derribar, poco firmes en mantener, y con todas sus altas prendas, excesivamente dóciles y hasta sumisos en obedecer á quien se apodera de la potestad suprema, particularmente si se hace dueño de ella por un acto arrojado. Declarando, en varias de las leyes intituladas Constitución, que desde 1791 hasta 1853 allí se han sucedido, hereditaria la suprema Magistratura revestida del nombre de monarquía, solo una vez ha sido transmitida por derecho de heredad la corona, y no ha sido ello casual por cierto, pues cuando ó es menor de edad, ó no goza del favor popular el heredero del cetro, nadie piensa en su derecho legal ni siquiera en perspectiva, como hemos visto cuando la desgracia de un Príncipe estimado y querido dio en punto á la subsistencia de su dinastía temores de males, pasados no mucho después á ser realidades, ó cuando la falsa y por un momento creída noticia de la muerte de Napoleón no pudo hacer que se volviesen los ojos para encontrarle sucesor á una cuna, no obstante estar ella adornada con corona Real, investido el niño que allí descansaba de un título incontestable é incontestado, y apenas con menoscabo visible el inmenso poder y la robusta fábrica del gobierno de su gloriosísimo padre. Son pues, en la nación nuestra vecina, admirables como máquinas el sistema gubernativo y en gran parte el social, y es la fuerza del Estado, ejercida por la resolución de su cabeza y por la fuerza del brazo por ésta dirigido, tal que en su choque contra todo poder extraño, ó puesta en paralelo al obrar con otro poder amigo, resulta siempre ó vencedora ó aventajada. Y sin embargo, tan soberbio, bello y cómodo edificio, aunque sirva bien para todos los usos comunes, resiste poco á recios embates, porque flaquea bastante por los cimientos. La nave, que tan gallarda se ostenta, que tan buena muestra dá de sí

en los combates, que suele navegarían prósperamente en tiempos bonancibles, y que por su excelente construcción, y el mérito de quienes la tripulan, sale triunfante de mil furiosas tempestades que arrostra, ha zozobrado, sin embargo, con frecuencia, y está de continuo expuesta á zozobrar, porque carece de la cantidad de lastre necesaria á un buque dotado de las condiciones competentes para navegar seguro.

De enteramente contrario, ó, si tanto, de muy diferente puede y debe ser calificado el aspecto que presentan Inglaterra y el carácter inglés á la vista aún del observador más superficial. Allí la ley es todo. Desparramada en gran parte la autoridad en lo tocante al gobierno interior, está sin embargo, concentrada en el parlamento, y el parlamento incluye al Rey mismo. Casi lodo en aquel Estado está mal definido, y la teórica de su gobierno, si fuese rigurosamente reducida á práctica, traería consigo confusión y desorden. En empresas guerreras hemos visto en una época novísima á la potencia Inglesa, convertida en amiga y compañera de su antigua rival, quedar por demás desairada, gracias al desconcierto de su máquina gubernativa; desconcierto que, si en muchas ocasiones es solo aparente, y en otras, aún verdadero, no está acompañado de inconvenientes graves, en algunas, sobre ser real y efectivo, resulta funestísimo en sus consecuencias. Y esto no obstante, tan mal arreglada máquina trabaja bien dando de sí admirables productos. Fábricas numerosas producen útilísimos y aún bellísimos artefactos; labores prolijas, seguidas con asombrosa inteligencia, aplicándose á ellas cuantiosos capitales, rinden copiosísimos frutos; surcan la tierra en gran número carreteras, canales y ferro-carriles, obras en que no ha tomado parte el gobierno; sin protección aparente florece y fructifica la semilla del saber en diversas materias; una marina numerosa ampara territorio y contribuye á dilatar y mantener el poder de la nación allende los mares; el comercio, con prodigiosa extensión, lleva á tierras cercanas y remotas las

producciones del trabajo británico, y trae otras en retorno de los pueblos cuyo buen juicio ó el de sus gobiernos les dá á conocer la mutua ventaja de los cambios; extensos y muy lejanos imperios reconocen la soberanía de la Gran Bretaña; poderosas, y una de otra apartadísimas colonias ricas, florecientes y dotadas de leyes, que dan libertad civil y hasta cierto punto política á sus habitantes, son vastagos y renuevos en diferentes climas y situaciones del árbol antiguo, lozano en su follage, regalado en sus frutos, y notable por sus dimensiones y robustez, que crece en la isla famosa, más favorecida por las singulares dotes de sus hijos que por la mano de la pródiga naturaleza. Está, con todo eso, establecida en aquel pueblo la amortización civil y eclesiástica, y por consecuencia de ello los bienes con harta desigualdad repartidos. No reina entre los ingleses la igualdad, si bien es error grosero, aunque común, comparar la aristocracia británica con la de otros pueblos modernos ó antiguos, pues en Inglaterra solo los Lores ó Pares del Reino unido son nobles, y gozan de algunos privilegios legales, pasando á ser del estado llano ó *comuneros* sus hijos que no los heredan, y entrando á ser Pares todos cuantos en cualquiera carrera ó profesión se distinguen, siquiera sean de humildísimo nacimiento, porque allí no se necesita, como sucedía en Francia y en España, y aún hoy es uso en una ú otra nación, presentar títulos de un tanto ilustre cuna para entrar á servir al público en carreras de superior honra y lícito y decoroso provecho. Son los ingleses algo ásperos, en no corto grado orgullosos, y hasta desagradables con los extraños, y con los propios no sus iguales, aunque en punto á dar generoso hospedaje á los desdichados ningún otro pueblo los excede; y en su misma aspereza no carecen de una cortesía esmerada y de suma nobleza en sus modales, los cuales, sin embargo, son de una índole peculiar y en nada parecida á la de los de otras gentes; índole que declara ser extraño, y juntamente aristocrático con mucho de tradicional, el principio

engendrador y director de sus pensamientos y conducta. Han llegado á ser en aquella nación, bien asentado ya y aBrmado el sistema de su gobierno, difícilísimas las revoluciones, é imposibles de llevarse á cabo por efecto de un solo empuje, pues, repartido el principio vital por los miembros todos del cuerpo social y político, allí más que en otras partes uno mismo, no hay peligro de que un súbito golpe alevoso, ó locamente arrojado, y por desgracia certero, hiriendo la cabeza cause al Estado muerte repentina. Tiene entre los hijos de la Gran Bretaña tanto poder el título legal, ó sea la abstracción, en virtud de la cual queda convertida en institución una persona, que, aún reinando hombres nada estimados, nada queridos, y tocante á quienes llegaban el desconcepto y la mal querencia á ser hasta odio y hasta desprecio, ú ocupando el trono monarcas del uno ó del otro sexo, si no aborrecidos, ni menospreciados, reputados (como sucedía á la Reina Ana Stuard), de mediano ó corto entendimiento, ni por la falta de respeto personal al individuo que empuñaba el cetro corria la monarquía el más leve peligro, ni siquiera el de ver alterado el orden de sucesión establecido por las leyes. Y todo ello no oponía ni opone obstáculos fuertes, y, sobre todo, no los opone duraderos, á las mejoras que sucesivamente iban y van pidiendo y trayendo consigo los tiempos, bien que en muchas de ellas el principio de tradición haya sido ó sea desatendido, si bien no explícitamente reprobado. Así, con aparentes y aún verdaderas contradicciones, de que el principio de tradición sóbrelas demás adolece, por ser de necesidad menos puro y más confuso que otro alguno, contrapesa la Gran Bretaña el poder y las ventajas de que cualesquiera otros Estados disfrutaban, y ha llegado á ser objeto, si no del general amor, de la casi universal admiración; de pocos entendida, por ninguno copiada, y más para admirada que para tomada fielmente por ejemplo, aunque de ella, con todo, mucho convendría imitar, si ya no copiar, apropiando lo imitado á las condiciones diversas de los imitadores.

En otras materias, además de las ya aquí ó recién apuntadas ó mal y superficialmente expuestas, se nota el diferente espíritu que anima á los dos pueblos á que acaba de llamar la atención la pobre voz á que sigue atendiendo benévolo este concurso; espíritu que de los dos contrapuestos principios en el uno y el otro dominantes poco menos que inmediatamente dimana; pudiendo calificarse de ser de él consecuencia muy natural, cuando no queramos, como bien podríamos, llamarla forzosa.

Es el pueblo francés en general y con excepciones (quizá hoy más frecuentes que en otros días no lejanos, pero con trazas de ser cosa transitoria) poco religioso. A\ contrario, ha sido por largos años y aún continua siendo, el inglés religioso aunque dividido en muchas y varias sedas, y por esto padeciendo el achaque general de las doctrinas protestantes, las cuales, si nó son impías, solo por falla de lógica pueden comí poner un cuerpo de doctrinas de las que constituyen una fé verdadera y cabal, siendo en ellas lo consecuente que haya tantas religiones cuantos son los individuos que alguna profesan. ¡Singular contraste, en efecto, es el que presenta á nuestra vista un pueblo con una religión tradicional como es la católica Francia, pero que, al desechar varias tradiciones, ha dado un duro golpe á todas, aún las más sagradas, y otro pueblo como la protestante Inglaterra, donde una religión que se dá y tiene por hija del libre examen, debe á la reverencia allí mantenida al espíritu de tradición en otras materias conservaren los ánimos un poder, no nacido del convencimiento producido por el raciocinio, y por esta misma circunstancia dotado de superior fortaleza!

Es la religión la ocupación primera y más alta del entendimiento humano, y por esto se descubre sobre todas las demás cosas en lo más ó menos religioso de un pueblo lo que en él pueden, ya el espíritu tradicional ligado con la fé, va el principio racional comunmente junto, por lo imperfecto de la

razón humana, con el de negación ó duda. Pero, no solo en la aplicación del discurso á las materias religiosas, sino en todo cuanto el hombre dice, piensa y aún siente, dan muestras de sí los dos principios fundamentales diversos de que trata el presente ligero trabajo. En la literatura misma asoma, y con frecuencia aparece claro, cuáles son los pueblos en cuyos ánimos dominan ideas no controvertidas, sino desde luego admitidas por ciertas y buenas, por ser heredadas, y cuáles por el contrario, son tan dados al examen, que entre ellos, la verdad más trivial, solo después de haber sido probada es reconocida. Buscando comprobantes de este aserto en el carácter general de los escritos franceses ó ingleses, no será difícil encontrarlos. Porque, si un error, hartó esparcido y por largos años acreditado de ser verdad, y hoy mismo no desvanecido enteramente, daba á los ingleses la calificación de nación pensadora, y á los franceses la de gente ingeniosa, pero ligera, un examen detenido y escrupuloso de las obras de unos y otros probará que en Francia mucho más que en la Gran Bretaña abundan los pensadores á la par atrevidos y profundos, y que en la segunda hay en muy superior grado espíritu poético, el cual aún fuera de la poesía pura, predomina y en ella se manifiesta; siendo los escritores británicos en el sentir más vivos y sobre todo más intensos, y en el imaginar mucho menos juiciosos pero hartó más valientes. Compárese á *Shakspeare* con *Racine* ó á *Milton* con los poetas épicos franceses (si es que hay en Francia algún poema digno de entrar siquiera en cotejo con el *Paraíso perdido*), y se hallará en los unos sublimidad y delirios, y en los otros grandes prendas, sujetas siempre al freno del juicio, que comprime imposibilitando excesos y también disminuyendo la fuerza de los ímpetus naturales.

De todas estas cosas nace la casi uniformidad de caracteres que se advierte en los franceses, uniformidad admirable y en no corto grado digna de alabanza, porque el nivel común está allí muy alto en valor, en ingenio, en ciencia; en mil

dotes de las que al hombre más honran. Y nace también de ello haber en Inglaterra gran suma de hombres raros, estrafalarios, de los que hoy, usando una palabra inglesa traída al vocabulario francés, son apellidados *excéntricos*, y existir en general en los de aquella nación más independencia individual y superior fortaleza de ánimo para arrostrar cierta clase, si no de peligros, de adversidades.

En la legislación política y civil siguen difiriendo los dos pueblos, aunque varias circunstancias, sobre la general fuerza que á todos los del mundo civilizado vá uniendo, creando entre ellos no poca semejanza, tiran á estrechar los lazos que los unen; circunstancias, empero, que se suceden y mudan, pareciendo como que, si el sistema y máximas por ambos aprobados como sanos y provechosos, y puestos en ejecución en notable grado los aproximan, cuando vuelven ó se encaminan las cosas á su estado natural, lo que tenia apariencias de identidad vá pasando y llega á ser notabilísima diferencia. Los franceses blasonan con razón de sus códigos, en los cuales, si hay bastante del derecho romano, domina el principio de la razón ó el espíritu filosófico del siglo presente y del próximo pasado, de lo que dan testimonio sus calidades de códigos ó sea de cuerpos bien ordenados y completos. En tanto los ingleses, si bien en lo general tenían en bastante alto precio á Bentham, (el cual, no obstante su impugnación de las doctrinas de la asamblea constituyente de Francia, impugnación más del Ginebrino Dumont que del singular original á quien éste interpretaba, es racionalista llegado al último extremo) aún cuando enmienden sus leyes y las ajusten á las mejores doctrinas hijas de la ilustración y humanidad de la época y generación presentes, no quieren darles la forma de un código; entre otras razones para que no parezca en ellas radical ó del todo innovadora la reforma.

Aún mayor apego á lo antiguo, aún mayor empeño, si es posible, que en la legislación civil ó criminal tiene la Nación

inglesa en aparecer tradicional, como de hecho en gran manera todavía lo es, en su legislación política. Remiendos son, si es lícito para expresar cabalmente una idea valerse de vocablo tan llano y casi grosero, aunque remiendos bien hechos, grandes y del propio paño, todos los actos por los cuales han pasado y van pasando la constitución y la sociedad británicas á ser muy otra cosa de lo que eran, pero de remiendos de la antigua vestidura no pasan, y de que lo sean se hace gala, en vez de tenerlo por desdoro, para que en la apariencia, así como en la realidad, no resulte ser ropa nueva la que hoy viste el cuerpo social y político, desechada ya enteramente la antigua. Hasta en el hecho de haber levantado á grandísimo costo un espléndido palacio para sus cuerpos colegisladores, porque un suceso imprevisto acabó con el lugar donde se congregaba el Parlamento desde tiempos muy remotos (salas pobres, chicas y mezquinas que todos, sin embargo, querían conservar en su fealdad vetusta), han usado los ingleses del estilo de arquitectura de la edad media, con el intento de que, hasta por el conducto del sentido de la vista, eslé patente y de continuo presente en la imaginación y eljuicio que la fábrica de su sociedad y gobierno es continuación de la empezada á erigir en los días del feudalismo, con perenne veneración conservada y, cuando llegó á caer por un golpe de la suerte, con amor no desmentido, en cuanto es posible reproducida. Aún cuando han hecho los mismos ingleses grandísimas reformas en tiempos modernos, aún cuando hoy sus repúblicas de más nota y de atrevimiento, que no llega á ser temeridad aún cuando pueda ser tachado de imprudente, propongan ó lleven á efecto nuevas é importantísimas mudanzas, nadie, no siendo de la ignorante y nada apreciada grey cartista, ó algunos hombres de la escuela de *Manches'er*, altamente y con mucha razón estimados como economistas, pero generalmente tenidos en poco como políticos, se arroja á aconsejar que haya regularidad matemática en su sistema electoral, y

lodos cuando aspiran á mejorarle, respetan las más de sus rarezas antiguas, y tiran á corregirlas con agregarles invenciones modernas de clase diversa pero no contraria. En suma el sistema casi matemático aplicado á la sociedad y á la legislación, si en ninguna parte recibe aplicación cumplida, en Francia es objeto, ó un tanto logrado, ó de muchos apetecido, cuando en Inglaterra dista infinito de estar en práctica, y son contados quiénes desean verle introducido y asentado en sus instituciones.

No así en los Estados-Unidos de la América septentrional, donde, tanto por la entrada continua de numerosos extranjeros pronto convertidos en ciudadanos, cuanto por algunas otras causas nacidas de su situación, de la clase de su gobierno y de los sucesos de sus no largos anales, si bien mucho de lo tradicional subsiste, no poco de lo racional ha entrado y llega á compartir con el principio opuesto el predominio. Sigúese de ello ser los anglo-americanos amantes del bien material con exceso; si no irreligioso, desatinadamente religiosos en las infinitas, y muchas de ellas extravagantes sectas, establecidas en aquellos Estados; dados á buscar en los pensamientos y preceptos del número mayor, la razón y la justicia; independientes en sus personas; á un tiempo aficionados á procedimientos legales con no poca sujeción á los métodos y hombres de la curia, é indóciles al yugo de la ley; astutos y activos; gente, en fin, que ha dado á su patria en breve plazo portentosos aumentos y llegado á hermanar grande libertad personal con la práctica del sistema democrático, pero que, hoy, por consecuencias fáciles de preveer y por muchos previstas, vé su nación desgarrada por la guerra civil, y privados en ella los individuos, aunque solo suenen serlo interinamente, de los derechos de que antes con sobrado motivo estaban ufanos, cuando podían decir que ningún otro pueblo de la tierra habia gozado como ellas de la libertad política y civil en esta ó en las pasadas edades. Y, según se va apartando aquella nación nueva

de su origen, va decayendo el espíritu tradicional en los pensamientos y hechos de quienes la componen. Fué, en verdad, el levantamiento primero de los colonos ingleses contra su metrópoli, así como la resistencia todavía no armada que la precedió, fundado en doctrinas conservadoras. Como ingleses, y reclamando derechos heredados de sus mayores, y no como hombres y en virtud de serlo, no quisieron consentir que les impusiese tributos el Parlamento británico donde no tenia representantes, siendo así que bretones nacidos libres *free-born Britons*, no debían ni podían renunciar á un privilegio fundado en sus antiguas leyes, buenos usos y costumbres. Recien establecida aquella república, si el voto de todos ó de muchos creaba el gobierno, nombraba para formarle á los más dignos, según el general concepto, no de otro modo que en los cantones democráticos de la Suiza antigua, apegados á sus añejas prácticas, si el pueblo todo era elector directo de los magistrados, así como legislador, siempre nombraba para ser sus cabezas á individuos de unas pocas familias de arraigo y de padres á hijos por ellos respetadas; razón por la cual aquellas pobres repúblicas tradicionales resistieron con empeño y vehemencia á la república francesa y á sus principios, cuyo origen no solo era diferente del de los suyos sino diametralmente contrario. Sin trabas, ó con poquísimas ligaduras en su interés privado, los hombres de los Estados-Unidos (gracias más al principio tradicional compañero y apoyo de la libertad del municipio y de los particulares que al hijo y socio de la filosofía del siglo xviii esencialmente centralizador) ¡ con completo desembarazo y frecuentemente con escaso juicio, derribando bosques, descuajando terrenos, abriendo caminos, edificando pueblos pronto llegados á ser ciudades populosas, surcando mares y rios caudalososísimos; sin previsión en su arrojo y sin tasa en su valentía, atropellando cualquier obstáculo, tropezando y á veces cayendo, vinieron á lograr, á costa de no pocos ni livianos males, una suma de bienes materiales de la que

hasta ahora no habia habido otro ejemplo en el mundo. Respetando poco la moral en los tratos privados ó en los actos de la política, en algo indirectamente la favorecían haciendo guerra á la pobreza cuyo carácter es ser mala consejera. Pueblo era, y aún es, y, á pesar de las desventuras y mudanzas que le esperan, y ya comienzan á sentirse, seguirá siendo por largo tiempo, si bien no en igual grado que antes, el de aquella república ; digna de ser admirada como singular y aplaudida en gran parte de sus leyes é instituciones, pero no cierto de ser imitada, pues sería imposible copiarle las perfecciones, y facilísimo tomar de ella los vicios que la afean y están destruyendo.

Ahora bien, ¿qué resulta del examen que antecede? Considerados los principios tradicional y racional en sí y juzgándolos por sus efectos ¿cuál de ellos merece ser preferido? Cuestión ardua es, seguramente, la que aquí ahora se propone, y no hay atrevimiento en la pobre cabeza de aquel á cuyos acentos estáis prestando una atención, por demás benévola y nada merecida, para darle una solución que tenga apariencia de precepto ó consejo, ni aún siquiera para encontrarle en su interior una de las soluciones no enteramente satisfactorias, de aquellas que no osa publicar el mismo que las ha encontrado.

Vista la cantidad y calidad de los bienes y males que cada uno de los dos principios contiene y produce, toca á los entendidos y prudentes consultar sus inclinaciones propias hijas de sus ideas sobre lo que es más justo y provechoso para resolverse á abrazar, ya la una ya la otra doctrina, y habiéndola abrazado, á predicarla con alabanza aconsejando su adopción como teoría y su aplicación hasta convertir en actos sus consecuencias.

Bien puede decirse que quien considere un gobierno ó sociedad como una pieza mecánica ó una verdadera máquina, debe dar preferencia absoluta al principio racional, recomendando su adopción en la mayor pureza posible.

Por el lado diverso ú opuesto, los que tienen un Estado, un cuerpo dotado de organismo, de fuerza vital, y hasta de una cosa á modo de espíritu ó alma; cuerpo en el cual concurren obrando agentes de varia naturaleza, deben preferir el principio tradicional, si bien, no sin llevar de continuo al racional por compañero, y á veces, por consejero y guia.

Pero es forzoso también atender no solo al juicio propio sino al ajeno, tomando en cuenta el estado general de la opinion, así como la situación del pueblo ó sociedad á que este ó aquel principio ha de aplicarse. Máxima es, aunque peligrosa y no del todo cierta, en no corto grado verdadera, y que conviene seguir, si bien con la reserva, moderación y modificaciones debidas, la que afirma que cuando nadie tiene razón la tienen todos.

Donde la tradición apenas existe, porque golpes durísimos y violentísimos han roto su cadena, cuyos fragmentos, además, han quedado reducidos á polvo por haber cargado sobre ellos el peso de un despotismo ó tribunicio ó imperial ó real completando la destrucción de lo que, hallándolo obstáculo, desaprobaba hasta mirarlo con odio, mal puede el principio de tradición ser restablecido, y fuerza es dejar á los tiempos venideros que vayan formando tradiciones nuevas.

Donde, al revés, mucho de lo tradicional subsiste, bueno será conservarlo, pero no de manera que sea impedimento á las mejoras que la razón dicta, cuya utilidad se ve patente, y que los hombres de esta edad piden y de veras necesitan. Bien estará, con todo, al mejorar, enlazar lo mejor que viene con lo menos malo de lo que pasó y era, y aún, si posible fuere, cubrir el punto del enlace hasta dar apariencia de continuación no interrumpida á lo que es soldadura. Ni está mal que el respeto á la tradición resista aún á la innovación saludable, con tal que la resistencia dure poco, pues de ello se sigue ponerse en claro cuando es el deseo popular aparente, ó un clamor vano, ficción de algunos ó yerro de muchos, y cuando, al

revés, liay ventaja ó necesidad en lo que solicita la voz pública esforzando la solicitud con buenas y poderosas razones.

En los pueblos (que son los más) donde algo queda de recuerdo respetuoso y cariñoso de lo que fué y ha sido, y donde la guerra á lo llamado preocupaciones no ha acabado igualmente con los principios sanos y con los errores rancios y perjudiciales, parece desacierto en las obras ó en el consejo el uso de la violencia ó de la precipitación irreflexiva para promulgar y sentar doctrinas, ó para traer grandes mudanzas con menoscabo y desconcepto de lodo lo antiguo. Conservar lo conservable y dar, en cuanto es posible, á lo nuevo enlace con lo viejo, es acción cuerda, así como justa, donde hay reliquias de la tradición. Por otra parte, desestimar la voz de la razón pura es desvarío y hasta podria ser delito, pues don es de Dios que al hombre sublima, y, si mal usada nos lleva á los mayores males, bien empleada nos guia por buenas sendas al mejor y más apetecible paradero. Pero la razón misma nos enseña y dicta que atendamos á los pensamientos altos y á los afectos tiernos, siquiera en ellos se mezcle algo de ilusión, y entre tales pensamientos y afectos campean los de respeto y amor á nuestros ascendientes, considerados al través de la niebla que cerca y encubre nuestro origen y nuestro fin, por la cual trata de penetrar la vista intelectual ó moral como ansiosa de descubrir cosas superiores á la poquedad y miserias de la vida real y efectiva. Si es principio de la sociedad el temor enfrenador de todos los malos apetitos, no está mal que vayan con él hermanadas ideas que le diferencien del miedo engendrador y compañero de la vileza. Hay justicia, hay conveniencia, hay hasta verdad en que las leyes aparezcan no ídolos con el brazo armado y alzado, fabricados por manos conocidas y por serlo no reverenciadas, y á los cuales se dá culto por considerarlo útil, sino como imágenes donde se refleja un ser altísimo, superior infinitamente á su imperfecta representación material; imágenes á las cuales, cuando tributa adoraciones al

hombre, adora en ellas la misteriosa grandeza y bondad que representan. Este bien contiene la tradición, por donde participa de la índole del principio religioso.

Hay, asimismo, en este principio tradicional una calidad que merece y debe ser puesta á la vista. Sin razón pasa el principio contrario por ser más favorable á la libertad, á consecuencia de haber, si no nacido, llegado á tener renombre, robustez y poder en días en que de la libertad se ha hablado mucho, buscándola con afán, pero no siempre encontrándola, y, si alguna vez hallada, perdiéndose no sin frecuencia lo poco ó mucho de ella adquirido. El principio racional dá más orden á los Estados y favorece muchas clases de progresos y mejoras, pero no es más compatible con la verdadera libertad que su rival y aún quizá lo es menos. La libertad buena y justa, cuyo límite es el derecho ageno, cuya índole es la del libre albedrío cristiano y católico contrapuesto al hado pagano ó á la' semipredestinacion musulmana ó herética, la que, según expresión de Glaudio, existe bajo un príncipe piadoso, la enemiga de la licencia, porque ésta, al querer sustituirse á ella, la deshonra, tan avenible es con el principio tradicional que subsiste más cabal y perfecta donde empieza por acompañar al hombre en toda su existencia, en su familia, en su hogar, en su pueblo, en su provincia; objetos todos en que la memoria y lo transmitido hasta llegar á connaturalizarse con nuestras personas físicas y morales tienen grandísimo influjo. Sin pretender, pues, dar la palma al principio tradicional sobre el otro opuesto ó diverso, bien puede concedérsele una calidad que le toca de justicia.

Tiempo es de concluir, señores, y no puedo hacerlo sin re-convenirme á mí propio y sin solicitar de nuevo vuestra indulgencia por lo imperfecto del trabajo que antecede, y, sobre todo, por la vacilación que en él se manifiesta. Bien es verdad que, al exponer las ventajas é inconvenientes de dos diversas doctrinas, sin decidirme á favor de la una ó de la otra, pero

•

aconsejando amalgamarlas y reconociendo que en la práctica, y aún hasta cierto punto en la teórica, esta amalgama existe, no me he atrevido á indicar los medios de hacer la mezcla más conveniente, ni á señalar un método por el cual, teniendo más fuerza en cada conjunto ya el uno, ya el otro ingrediente, resulte el total superior provecho. Una cabeza flaca dirigiendo una mano trémula, símbolo en lo físico de lo intelectual, ha procurado indicaros la calidad de algunos objetos y señalaros ciertos caminos; pero tal cabeza y tal brazo, obrando en obediencia á superior precepto, han hecho poco, siendo el único bien que puede resultar de un trabajo mal desempeñado que el malogrado esfuerzo convide á otro mejor, y que el naufragio, enseñando donde está el escollo, sirva de dar dirección á mejor navio para que, con mayor lucimiento y más próspera fortuna, llegue á tomar seguro puerto.